

Se publica y reparte gratis dos veces al mes.

# LA AVALANCHA

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: *Biblioteca Católico-Propagandista.*—Tejería, 24, PAMPLONA.

## Á LOS PIES DEL PAPA.

No podían nuestra humilde Asociación y periódico dejar de concurrir al universal homenaje de amor, que de todos los puntos del globo se ha rendido por los buenos católicos al Papa-Rey, con motivo del infausto aniversario con que ha querido herirle la Revolución.

A este objeto mandamos aquel día á Su Santidad el siguiente afectuoso telegrama de respeto, adhesión y consuelo.

«A Su Santidad León XIII.

Vaticano, Roma.

La *Biblioteca Católico-Propagandista* de Pamplona y su órgano en la prensa *La Avalancha*, protestan enérgicamente conmemoración sacrilego despojo y renuevan inquebrantable adhesión á la Santa Sede.

El Vice-Presidente, José Sagardoy.»

No se hizo esperar mucho la cariñosa contestación del Vicario de Dios, y tuvimos el honor de recibirla inmediatamente en la siguiente forma:

«Roma 24, 8'15 noche.

Sr. Vicepresidente de la *Biblioteca Católico-Propagandista* de Pamplona.

El Santo Padre agradece filial homenaje de *Biblioteca* y *Avalancha*, y gustoso envía á ambas su Apostólica Bendición.

Cardenal Rampolla.»

A todos nuestros suscriptores y amigos la trasmitimos, conmovido nuestro corazón de gratitud y entusiasta afecto, y sin poder dar de él salida á otra frase que á la que en estos momentos repercute en todos los ámbitos del globo y será siempre el grito de la lealtad de todo buen español:

¡Viva, viva, viva Nuestro Santísimo Padre León XIII Papa-Rey!

LA REDACCIÓN.



## EL ROSARIO Y LA MASONERÍA.

**E**N una sabia Pastoral sobre la masonería el Arzobispo de Palermo describe la dolorosa condición de la Iglesia en nuestros días: «Los que atravesamos no son menos tristes que los que inspi-

raron á Santo Domingo la benéfica institución del Rosario, y aún que los que en otro tiempo animaron la fé del Papa San Pio V á arrojar de nuestros países, por medio de esta poderosísima arma, la superstición musulmana. Era entonces instrumento de la invasora barbarie la cimitarra otomana, de la cual todos procuraban huir; hoy ocupa su lugar la fascinación de una seducción multiforme, bien conocida de todos, que á todos atrae y que trae á la memoria los anunciados tiempos del Anticristo, adecuados para seducir, si fuera posible, aun á los elegidos. Entonces era la *Media luna* el símbolo de la barbarie que amenazaba solo á Europa; mas hoy es el misterioso *Pentalfa* rabino-cabalístico, la estrella masónica, este es el símbolo de la apostasía y de la llamada humanidad sin Dios, que amenaza con la barbarie, no á un solo reino ó á un solo pueblo, sino á la humanidad entera, arrebatándole á Cristo-Dios, que es su vida y su salvación. No es ya una horda fanática como entonces, ni una amenaza de lejos. En medio de nosotros está el enemigo de nuestra fé, y domina el campo lo mismo en Italia que en Alemania, en Francia, en España y en otras partes. El masonismo, por el lado doctrinal, no es más que una transformación de la misma secta albigense, derrotada una vez por el Rosario: esta tiene el mismo espíritu y el mismo secreto, según afirma Sfurter, historiador protestante. El odio de los judíos contra el Dios Redentor, heredado por la Francmasonería, no es ya un misterio; al contrario, la cacareada civilización moderna, creada por ella, se muestra ufana y adopta por programa de su acción el conocido grito judaico: «*Nolumus hunc regnare super nos*: No queremos que éste reine sobre nosotros.» Mas Dios hizo curables á las naciones y viene en su auxilio. León XIII nos señala en el Rosario el medio de apresurar su venida con la oración. Despertemos la antigua fé en María, y la poderosa Virgen nos alcanzara la salvación.»

## SECCION RECREATIVA.

### SOCORRER AL DESVALIDO.

Era por los años 1021, ó sea en el primer tercio del siglo XI.

En el castillo de un pueblo situado cerca de Burgos, y en su sala de armas, se encontraban multitud de caballeros en traje de viaje.

Y no era por cierto á la guerra donde se dirigían, pues no lucían sus cuerpos las finas y brillantes armaduras, ni cubrían lujosos cascos sus cabezas.

Antes al contrario, vestían todos ellos sencillo traje, y fijándose en sus rostros, podía adivinarse que era un viaje santo el que emprendían.

Así era, en efecto, pues la reunión de aquellos valientes no tenía otro objeto que el de marchar en romería á Compostela, á visitar el cuerpo del santo Apostol Santiago.

Solos, y en un extremo del salón, se encontraban un anciano y un joven. Este, de interesante aspecto,



era mucho más bajo que aquel, pues por encima de su cabeza se destacaba la del venerable anciano.

Importante debía ser la conversación que ambos tenían, á juzgar por la atención profunda que á ella prestaba el mancebo.

Sonó al fin la hora de la partida, y estrechando al joven contra su pecho el robusto anciano, le dijo:

—Que no olvides, Rodrigo, nada de lo que acabo de decirte.

—Lo cumpliré, padre, contestó el mancebo.

—Júralo, Rodrigo, por la memoria de tu madre.

—Lo juro, volvió á responder el joven, separándose de los brazos de su padre y marchando á reunirse con sus compañeros, que ya en el patio del castillo le esperaban.

El que aquel juramento exigía era uno de los más famosos jueces de Castilla, y padre del que con el tiempo había de apellidar la historia con el nombre del Cid Campeador.

Andaban nuestros caballeros camino de Galicia, y estaba ya cercano el término de su viaje.

**Pensativo**

Rodrigo con la reflexión que su padre le hiciera, había ido separándose poco á poco de sus compañeros, hasta el punto de perderles de vista, cuando vinieron á sacarle de su ensimismamiento unos como lamentos humanos que al parecer salían desde el fondo de un barranco.

Atónito quedó Rodrigo, y más todavía al divisar al que estos lamentos profería, que era un pobre y desvalido anciano, cubierto de lepra, desnudo y al parecer acosado por el hambre.

—¿Quién sois, buen hombre? preguntó Rodrigo: ¿qué queréis?

Nada contestó el anciano, si se exceptúan los lastimeros ayes que continuaba profiriendo.

Bajó por último Rodrigo, aunque con grave riesgo, al sitio en que aquel mendigo se encontraba, y su compasión se aumentó al observar en él otra desgracia: ¡estaba mudo!

—¡Comienzo á cumplir con las instrucciones de mi padre! exclamó; y quitándose la capa cubrió con ella al mendigo, cargándosele después sobre sus espaldas y emprendiendo de nuevo, en busca de sus compañeros, su interrumpido viaje.

Bien entrada la tarde, llegó Rodrigo á una aldea inmediata á Compostela, donde aquellos le esperaban, sorprendiéndoles no poco el verle entrar con tan inesperada carga.

Asombrados quedaron al observar que aquel hombre era un leproso.

—Por Dios, Rodrigo, ¿qué has hecho? le preguntó uno de ellos, como todos admirado de la acción del joven.

—Ya lo ves, conde Ansurez, le contestó: vi á este anciano leproso en el camino, desnudo y hambriento, le socorrí, le cubrí con la mitad de mis vestidos, y solo me falta para completar mi obra compartir con él mi cena y mi cama.

—¿Pero ignoras, Rodrigo, volvió á interrogarle el conde, el peligro en que te encuentras, ó es que no

observas lo fácil que es que te contagie ese hombre? —Ni lo uno ni lo otro, conde; al socorrer á este anciano, no he tenido presente sino que era un semejante mío, y como á tal le he tratado.

—¡Por la sangre que por tus venas corre, Rodrigo, por tu padre ausente, abandona á ese hombre!

—Mirad cuán equivocado vais, conde; pues precisamente porque cumplo sus instrucciones, no os complazco.

—Si en tu proyecto insistes, dijeron á coro todos los caballeros, nos retiramos.

—Lo siento, señores, contestó Rodrigo, pero mi resolución es irrevocable.

Y así era, en efecto, porque inútilmente le instaron repetidas veces los caballeros á que siguiese en su compañía hasta Compostela, abandonando al leproso.

Rodrigo persistió en realizar su caritativa obra, y sus compañeros le abandonaron.

Silencioso Rodrigo, dejéles salir del aposento, siguiéndoles con la vista hasta que se perdieron en un recodo del camino.

Volvió nuevamente á ver al mendigo, con quien cenó y se acostó, repitiendo cuando esto hacía, después de haberle cuidadosamente colocado:

—Mi padre quedará satisfecho, porque he seguido sus consejos.

Serían sobre las doce de la noche, cuando Rodrigo, que ya había conciliado el sueño, sintió á sus espaldas un fuerte soplo que le despertó.

Sobresaltado quedó por tan extraño suceso, y más aún cuando vió á la luz de

una lámpara que había encendida, que no estaba con él su compañero.

No fué esto obstáculo, sin embargo, para que se durmiese de nuevo Rodrigo, pues su corazón fuerte nada temía; cuando se sintió tocar en el rostro por uno que, acercándose nuevamente á su oído, le dijo:

—¿Duermes, Rodrigo?

—No, buen hombre, no duermo, contestó; pero ¿quién eres tú que tanta claridad y tan suave olor difundes?

—Soy, contestó la visión, el leproso á quien has socorrido, y que viene á decirte en recompensa de tu buena acción, que es la voluntad de Dios que tú seas uno de los más famosos capitanes. Tu fama, Rodrigo, crecerá de día en día; te temerán moros y cristianos; serás invencible, y cuando mueras, morirás con honra.

—Pero dime, varón insigne, insistió Rodrigo; dime al menos quién eres, para que yo pueda grabarte en mi memoria, decir tu nombre á mi padre, que fué quien me aconsejó socorriese siempre al desvalido, y transmitirlo después á mis hijos, si el cielo acaso me los dispensa.

—Soy San Lázaro, exclamó la visión desapareciendo.

No necesito decir que la profecía se cumplió; pues la historia refiere de Rodrigo Díaz de Vivar innumerables hechos que le immortalizan.



NAVARRA.—DETALLE DEL CLAUSTRO DE LA ERMITA DE EUNATE EN LA VILLA DE MURUZABAL.

(Fotografía de los Sres. Roldán y Mena).

## MESA REVUELTA.

Añadiendo á la palabra, elocuente y llena de unción, el ejemplo, ha abierto el Excmo. é Ilmo. señor Obispo de Pamplona una suscripción diocesana para socorrer á los perjudicados en el incendio de Espinal, encabezándola con 5.000 pesetas y 50 mantas.

Hace unos días se presentó en una joyería de Valencia un señor Sacerdote y entregó al dueño del establecimiento la cantidad de 375 pesetas que le había entregado un penitente en calidad de restitución.  
¡Picardías clericales!

Los festejos italianísimos, ordenados é impuestos por la masonería, han atraído á Roma, durante ocho ó diez días, á algunos miles de personas, en su mayoría masones, que recibieron orden del G. O. y de sus respectivas logias masónicas de la localidad, de ir á Roma á fin de hacer una manifestación anticatólica y antipapal, que querían fuese imponente y resultó ridícula. Moral y políticamente estos festejos han constituido una afrenta y un fiasco para el Gobierno de Humberto.

Han sido una afrenta, por cuanto que el Rey y su gobierno han aparecido humildemente inclinados acatando las disposiciones de una secta infame, capitaneada por Lemmi, ordenadora de estos festejos.

Y ha sido también un gran fracaso, puesto que pensaron que con esta conmemoración sancionarian la ocupación de Roma ante la Europa entera, á cuyo fin habían invitado á Soberanos, Príncipes, jefes de gobierno y á personas distinguidas en ciencias y artes. Y lo cierto es que ningún Soberano, ningún Príncipe ni ningún sabio extranjero han querido aceptar tal invitación.

Por el contrario, á lo que han dado ocasión estas fiestas ha sido á una grandiosa manifestación de amor y adhesión al Pontificado, y á un universal plebiscito en favor del poder temporal de los Papas.

Deben, por tanto, los inspiradores de estos festejos hallarse dolorosamente contrariados, pues han obtenido resultados contraproducentes.

Creyeron que con sus fiestas conmemorativas iban á conmover el mundo, y han visto que, si el mundo se conmueve, no es para aplaudir, sino para censurar como se merece á los que se atreven á presentar como digno de elogio un despojo sacrilego é inicuo.

La última capa del hombre, aunque éste sea rey, es la capa de cal viva.

Merece los más sinceros plácemes la conducta del Alcalde de Valencia, Sr. Marqués de Cáceres, que cumpliendo su deber ha impedido la grosera propaganda de prensa impía que venía haciéndose en las plazas y calles de aquella capital.

La prueba de lo acertado que ha andado el señor Alcalde en su determinación, es el ataque de bilis que ha sufrido *El Mercantil Valenciano*, protector de los protestantes, libre-pensadores y demás especialidades.

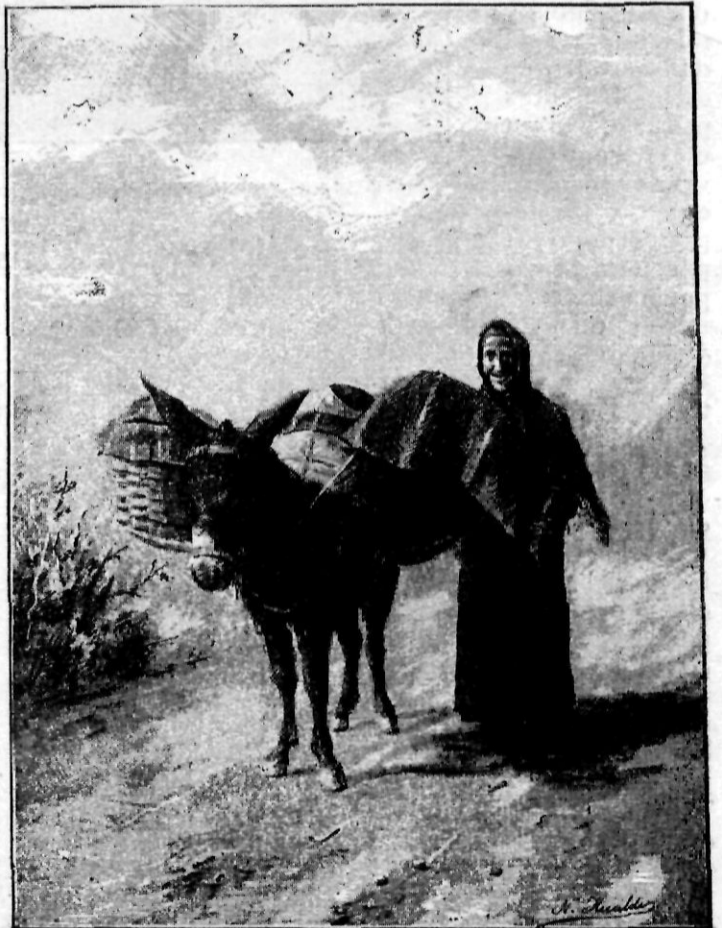
Es ya tan grande en Francia el descenso de población, que los grandes estadistas han comenzado á

ocuparse en el asunto con gran actividad, pues de continuar así, dentro de medio siglo habrá perdido algunos millones de habitantes. Las causas son sabidas de todos, y no tendrán más remedio que corregirlas con mano fuerte. La impiedad, que ha cundido como lepra por todas las esferas sociales, ha dado de sí lo que no podía menos de dar, la desmoralización más espantosa, y con ella una larga cáfila de uniones ilegítimas que, al destruir la santidad del hogar, lo han abierto á todos los vicios, porque falta la familia de seguridad y de amparo, la disolución de la misma viene á coronar la obra de las perversas doctrinas antirreligiosas con todas las terribles consecuencias de sus perversiones. ¡Justo castigo de las sociedades que alejan á Dios de sus códigos y de sus costumbres! El árbol malo solo puede dar los frutos que le corresponden, y la impiedad tiene que producir, necesariamente, el fruto de sus iniquidades: la disolución y la muerte de los pueblos que le abren sus brazos.

*La Lid Católica*, de Villanueva de la Serena, ha dirigido una invitación á la prensa católica española, que con gusto recojemos.

El 13 de Septiembre de 1898 es el centenario de la muerte de Felipe II, aquel gran Rey, personificación de la España católica, que ha merecido, como ningún otro del mundo, ser blanco de las iras de toda casta de sectarios, enemigos de la Iglesia católica y de España, y cuyo solo nombre, objeto de amor y veneración para los católicos españoles, es todo un programa.

Nada, pues, más natural y puesto en razón que nos preparemos convenientemente á la celebración de este centenario glorioso que puede servir de santa ocasión de animarnos y estimularnos en la defensa de la verdad católica y de las gloriosas tradiciones españolas.



CAMINANDO HACIA EL MERCADO.

(Dibujo hecho expresamente para LA AVALANCHA, por el artista Sr. Hualde).